

# LA NOVELA DE FORMACIÓN DE UN HISTORIADOR

CARLOS ALTAMIRANO

Carlos Altamirano es Investigador del CONICET y Profesor de la Universidad Nacional de Quilmes.  
e-mail: caltami@unq.edu.ar

Una primera versión, bastante más breve, fue leída en el Seminario Internacional «A memorialística latino-americana nas Humanidades», organizado por el Programa de Pós-Graduação em Sociologia e Projeto Temático «Formação do Campo Intelectual e da Indústria Cultural no Brasil Contemporâneo» (FAPESP), Universidade de São Paulo, octubre 2010. El autor se benefició de los comentarios y las discusiones de esa reunión. Agradece también la generosa lectura que hicieron del texto Fernando Devoto y Juan Carlos Torre, cuyas observaciones ayudaron a mejorarlo.

## Resumen

El objeto de este artículo es examinar el ensayo autobiográfico de un historiador. El trabajo explora las diferentes dimensiones que presenta el libro de Tulio Halperin Donghi *Son memorias*, elaborado sobre recuerdos que abarcan los años de niñez y juventud de quien habrá de convertirse en la figura dominante de la historiografía argentina de las últimas cuatro décadas. El análisis presta atención a los aspectos relativos al género presentes en el texto; trata de identificar la Argentina que el autor rememora y a las formas en que la rememora; sigue las vicisitudes del universo familiar de clase media, que hasta el fin de su adolescencia será la principal instancia de socialización de Halperin Donghi. Bajo el foco del examen se halla también el entrelazamiento entre el punto de vista de quien recuerda y el del historiador, que es continuo en el libro, y en el que se detecta una visión desilusionada de la experiencia argentina.

## Summary

The purpose of this article is to examine the autobiographical essay *Son memorias*, by Tulio Halperin Donghi. The paper explores different elements of Halperin Donghi's book, composed on memories that span the years of childhood and youth from who will become the dominant figure in Argentina historiography of the past four decades. The analysis pays attention to generic aspects of the text, tries to identify the Argentina that the author recalls and to the ways in which he recalls; the ups and down of his middle class family, which to the end of adolescence is the main environment of Tulio Donghi Halperin's socialization. Under the focus of the review is also the entanglement between the point of view of the memories and the point of view of the historian, which is continuous in the book. The scrutiny of this entanglement detects a disillusioned view of the Argentine experience.

## EL HISTORIADOR COMO MEMORIALISTA

¿Por qué alguien se resuelve a escribir sus recuerdos, a evocar anécdotas de la infancia y la vida familiar, acontecimientos de los que fue protagonista o simplemente testigo, andanzas e inquietudes de juventud, el descubrimiento de una vocación, en fin, los incidentes del aprendizaje del mundo? Es frecuente que alguna justificación anteceda a los relatos de corte autobiográfico. Se dirá, con razón, que no deben tomarse las motivaciones declaradas como la razón de esos textos. ¿Acaso son algo más que racionalizaciones o convenciones de género? Creo, sin embargo, que no habría que pasar por alto, simplemente, esas explicaciones, por convencionales que sean, pues ellas también nos dicen algo respecto del acto de hacer públicos los recuerdos. Como si el recordar —y dar a contemplar— el propio pasado y retratarse a sí mismo, así sea indirectamente, despertara el temor a exteriorizar una presunción excesiva, un desmedido sentido de importancia que obligara a una justificación. Las palabras destinadas a excusar una tarea que puede aparecer vanidosa a los ojos del lector (o aun a los propios del autor) no son un paso obligado, pero sí acostumbrado en quien decide contar su propia historia.

Cierta aureola que los destaca de la masa de los anónimos suele ser una característica de los autores de escritos autobiográficos —una notoriedad ganada en alguna esfera de actividad: la vida política, las letras, la carrera militar, las ciencias, las artes, o algún otro ámbito de celebridad—. Con ese renombre cuenta Tulio Halperin Donghi, quien desde hace varias décadas reina en los dominios de la historiografía argentina. Su prestigio como historiador excede ampliamente las fronteras de su país. Tanto en Hispanoamérica como en los medios latinoamericanistas de Europa y los Estados Unidos, donde ha hecho una parte de su carrera académica, su nombre se halla asociado con una extensa y valiosa producción historiográfica. Pero en la Argentina la notoriedad de Halperin Donghi sobrepasa el ambiente de los historiadores e incluso el de los académicos. Sus artículos en diarios o revistas culturales y, sobre todo, las entrevistas periodísticas que se volvieron casi una costumbre de sus temporadas en el país, le fueron añadiendo a su imagen docta la del intelectual público que se pronuncia sobre hechos de actualidad y disfruta con los retruécanos y los paralelos entre pasado y presente.

La aparición de su ensayo autobiográfico, publicado en 2008 con el sello de Siglo XXI, no podía sino despertar interés, como lo dejaron ver las numerosas reseñas periodísticas que la obra motivó tras su publicación, además de una larga entrevista en *ADN*, el suplemento cultural del diario *La Nación*, en que el historiador respondió

a las preguntas de uno de los columnistas políticos del diario. Por cierto, no era el primer libro de recuerdos escrito en el país por un historiador –desde que Vicente Quesada escribiera *Memorias de un viejo* (1889), más de uno había incursionado en el género: Ramón J. Cárcano, Carlos Ibarguren, Julio Irazusta–. En éstos, sin embargo, el estudio del pasado nacional representaba una tarea integrada dentro de una carrera pública más amplia, que incluía la política generalmente, a la que solía añadirse, según los casos, la actividad en el foro, el ejercicio del periodismo, cargos en el Estado. Halperin Donghi, en contraste con ellos, representa sin mezclas al historiador consagrado a su disciplina. De la obra que produjo en el ejercicio de su oficio proviene la autoridad que se le reconoce para hablar de los problemas de la vida nacional argentina, una autoridad que alcanzaría cuando ya había recorrido un gran trecho de su carrera como historiador.

Halperin Donghi le dio a su libro un título de resonancia discepoliana, *Son memorias*, y la explicación que ofrece del origen del texto no escapa a la forma en que suele urdir sus tramas históricas. En éstas, los resultados de la acción obedecen a una causalidad intrincada: un juego de interdependencias que por lo general extravía, cuando no frustra, los designios del actor y sus expectativas. Esa especie de enredo de circunstancias aparece en las «Palabras preliminares» de su ensayo autobiográfico: el libro de memorias como fruto imprevisto de una serie de hechos imprevistos. En el comienzo había una demanda editorial, nos cuenta el autor. Originalmente, y por acuerdo con el editor Carlos Díaz, el plan no era sino el de grabar y publicar los diálogos que sostendría con su amigo, el conocido editor Jorge Lafforgue, según el modelo de las *Conversaciones con José Luis Romero*, de Félix Luna. Dado que el proyecto consistía en que los diálogos abarcaran la vida y la carrera de Halperin Donghi, una parte de la cual transcurrió en los Estados Unidos, el historiador Mariano Plotkin fue incorporado al dúo inicial por su conocimiento del medio universitario norteamericano. Como parte del acuerdo, Halperin Donghi escribiría un breve texto introductorio a las esperadas conversaciones. Pero los diálogos, una vez desgrabados, no dejaron conformes a los intervinientes, quienes advirtieron que «sólo un trabajo duro podría transformar en material publicable unas transcripciones que para nuestra sorpresa no alcanzaban a reflejar casi nada de lo que los había hecho atractivos para quienes habíamos participado en ellos»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Tulio Halperin Donghi, *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 9.

Mientras tanto, al redactar la breve introducción convenida, el autor se encontró con otra situación inesperada: había dado con un tono —«un modo de abordar la narrativa del todo distinto del que hasta entonces había utilizado para escribir historia», sostiene—, modo que lo complacía y deseaba seguir experimentando en la reconstrucción de momentos de su infancia y su adolescencia. El descubrimiento del modo narrativo que halla satisfactorio lo lleva a alejarse de cualquier variante del plan originario, que tenía a las conversaciones como base. Más aun, el tono le fijaría a la recapitulación sus límites temporales: «si este relato se detiene aquí en 1955, escribe, es porque fue esa la fecha más tardía hasta la que pude continuar con mi narrativa sin renunciar a un tono expresivo cuyo descubrimiento me hizo tan grato escribir lo que aquí va a leerse» (p. 10). ¿No es demasiado literaria la explicación: el poder de un «tono expresivo» que incluso circunscribe la franja de vida que ha de contarse? Ciertamente, así suena. Por otra parte, ningún lector familiarizado con los escritos de Halperin Donghi encontrará en este relato autobiográfico nada que le sea desconocido estilísticamente: una sintaxis de períodos largos y complicados, lenguaje distanciado respecto de aquello que evoca, ironía. No habría que desestimar, de todos modos, lo que confiesa nuestro autor: el placer de quien se ha sentido a gusto escribiendo su «novela de formación» una vez que halló la manera que le pareció adecuada para hacerlo, manera que, finalmente, no era otra que la suya.

Por cierto, Halperin Donghi no ha querido que todo sea revolver e hilar recuerdos, es decir, un entretenimiento nostálgico, aunque agradable que la edad consiente tras una larga y sobresaliente carrera. Lo ha animado no sólo la intención de evocar, sino también el deseo de comprender y de autocomprender —«entender globalmente nuestro pasado cuanto el modo en que éste hizo de nosotros lo que somos» (p. 16)—. No quiere, pues, que el gusto por la rememoración le haga olvidar los recaudos del historiador, más aún cuando como historiador ha explorado en varios trabajos la literatura autobiográfica no sólo argentina sino también hispanoamericana y no ignora lo selectivas, inseguras y arbitrarias que pueden ser las memorias. Los recuerdos suelen retener del pasado los sucesos infrecuentes, observa, mientras pasan sin dejar rastros los hechos ordinarios, es decir, las propiedades de un contexto que resultaban obvias porque integraban el sentido común de una época, aunque sean esos datos sin registro los que permiten observar lo que hay de general en lo particular, lo social en la singularidad de un trayecto individual. El relato autobiográfico que entrega a sus lectores, nos dice Halperin Donghi,

representa más que un ejercicio de memoria. Sus recuerdos le ofrecieron un material inmediato para la historia, pero ésta inscribe a quien rememora en un tejido social y cultural más amplio —lo que el autor llama un «entorno»—, contexto que lo moldea y donde lo rememorado adquiere todo su sentido.

## LO GENERAL Y LO PARTICULAR

Halperin Donghi memorialista nos dice, en resumen, que ha disfrutado en la tarea de contar recuerdos, pero no ignora que éstos no le entregan las claves del tiempo en que se formó y que para hallarlas e incorporarlas al relato ha ampliado el campo de visión con la ayuda del conocimiento histórico. Ha escrito un ensayo autobiográfico, nos dice el autor, para recobrar esa instancia subjetiva de la experiencia del mundo que se sedimenta en los recuerdos, aunque sepa que éstos son fragmentarios y a menudo inciertos. El texto encadena así un doble discurso, el discurso del que recuerda y el de quien se observa en el ejercicio de recordar, sea para advertir que no está seguro del testimonio de su memoria, sea para situar en perspectiva ese testimonio, recurriendo a lo que sabe como historiador o cotejando sus recuerdos con el testimonio de otras memorias<sup>2</sup>.

Como historiador Halperin Donghi examinó varias veces los años que abarcan *Son memorias*. Por primera vez, en el brillante ensayo que encabezaba el volumen *Argentina 1930-1960*, publicado por la editorial Sur en 1961 y que fue la base de su libro *Argentina en el callejón* (1964), que cambiaría la interpretación hasta entonces corriente sobre la década del treinta. Un tramo del período enfocado nuevamente en *La democracia de masas* (1972) aborda después lo que podríamos llamar el prólogo de ese período en *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)* y casi íntegramente en *La República imposible (1930-1945)*, publicados en 2000 y 2004, respectivamente. Un largo asedio a la «crisis argentina», como se acostumbró a denominar durante mucho tiempo al ciclo político que se inició el 6 de septiembre de 1930, con el golpe de Estado del general Uriburu. Lo que Halperin Donghi hizo ver fue que los años treinta no representaron sólo una década de restauración conservadora, fraude electoral y corrupción pública —la «década infame»—, sino

<sup>2</sup> Halperin Donghi cita las memorias de Ramón Columba, *El congreso que yo he visto*; María Rosa Oliver, *La vida cotidiana*; Julio Irazusta, *Memorias (historia de un historiador a la fuerza)*; Alicia Jurado, *Descubrimiento del mundo*; Marcelo Sánchez Sorondo, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*.

una etapa en que se operaron variaciones importantes en la economía argentina y en el bloque de poder, cambios que reflejaron tanto la nueva relación del país con el mundo como la gestión conservadora de la crisis.

Pero la puerta de entrada de sus memorias no es el país de la inestabilidad crónica, sino la Argentina del progreso, donde nació en 1926, en el seno de una familia de clase media. El consenso respecto de esa marcha ascendente, recuerda, «era tan intenso y universal que, sin necesidad de que me fuera explícitamente inculcado, se constituyó en una de las piedras fundamentales de mi más temprana visión del mundo; como ahora descubro, desde que tengo memoria la noción de que el futuro iba necesariamente a ser mejor que el presente me parecía la evidencia misma» (p. 15). Para aludir a lo que llama la «metamorfosis de la sociedad porteña» y a la década en que la clase media «emergió con el perfil y el peso que iban a ser los suyos por medio siglo» (p. 16), a Halperin Donghi le resultan suficientes unas pocas líneas y mencionar *Los huéspedes del veinte*, de Francis Korn, los relatos de Roberto Arlt y, en contraste con éstos, a la ciudad de Buenos Aires evocada en la poesía sentimental y sencillista de Baldomero Fernández Moreno. En ese entorno rápidamente aludido, el aprendizaje infantil de los clivajes del mundo social es objeto de una mención a la vez clara y económica: «Es comprensible que en una ciudad como Buenos Aires, en la que ni aun en los reductos de las clases más altas estaban ausentes las populares, quienes acababan apenas de desgajarse de éstas encontraran a cada paso ocasiones para hacer evidente a través de cada una de sus acciones y omisiones la hondura de la frontera demasiado reciente que los separaba de ellas». Al cuidado de sus mayores por trazar e inculcar esas distinciones le atribuye que en su niñez alternara «muy poco con los chicos que llamábamos de la calle» y también al hecho de que su hermana y él no hallaran en el barrio de la primera infancia más que una sola compañera de juegos (p. 17).

Para representar el país transformado por la inmigración europea y la modernización socio-económica José Luis Romero forjó el nombre de Argentina «aluvial», un conglomerado heterogéneo que alteraba y dejaba atrás aceleradamente a la Argentina «criolla». Aunque prescinde del término, Halperin Donghi menciona a Romero para recordar lo que a los ojos de éste constituía el sueño dominante del país «aluvial»: el del ascenso económico. Teme, sin embargo, que la «imaginación sociológica», como la llama, simplifique demasiado, que reduzca a una mentalidad y a un comportamiento típicos trayectorias diversas. Si recuerda la «aventura del ascenso» es para destacar que la formación que había recibido en casa no se

ajustaba a ese patrón. Admite que hubiera preocupaciones compartidas por las familias de argentinos nuevos; por ejemplo, el cuidado por evitar que el tango, juzgado incompatible con la respetabilidad del hogar, llegara al ámbito familiar a través de la radio. Pero añade: «estoy seguro de que por entonces no eran muchos los chicos que –como mi hermana y yo– estaban confinados a una estricta dieta de música clásica y óperas retransmitidas por Radio Municipal, o ya antes de aprender a leer debieran grabar en la memoria unos cuantos de los romances recogidos por don Ramón Menéndez Pidal en su *Flor de romances viejos* (p. 18). Hay ironía, sin dudas, en esta representación de la voluntad cultural de la familia, y tal vez cierta queja, pero no podría decirse que haya reprobación.

¿Lo que atestigua su experiencia contradice el razonamiento sociológico? ¿O sólo nos muestra que no todas las familias se hacían la misma idea de la elevación social; que, por ejemplo, en la familia que constituyeron sus padres, dos profesores graduados en la Facultad de Filosofía y Letras, se estimaba un tipo de excelencia al que no se accedía por medio de la riqueza, sino a través del estudio y el cultivo de disposiciones culturales? En otras palabras, que el hogar en que se formó no pertenecía sólo al naciente universo de las clases medias, sino a la fracción cultivada de ese universo.

### RETRATO DE FAMILIA

Para referirse a su progenie, el autor de *Son memorias* recuerda un conocido chiste: los mexicanos descienden de los aztecas; los peruanos, de los incas. ¿Y los argentinos? De los barcos. La familia en que nació Tulio Halperin Donghi surgió del matrimonio que unió a dos de esos argentinos que habían salido de los barcos, es decir, de la inmigración –un padre de ascendencia judía, Gregorio Halperin; una madre nacida en Italia y que llega al país cuando niña, Renata Donghi–, que se conocieron siendo estudiantes de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ella era católica practicante y sus hijos, el futuro historiador y una hermana menor, serán educados en el culto católico. El memorialista no hace saber al lector si el padre sustentaba alguna fe religiosa ni cómo se decidió que los niños se educaran en la religión de la madre. «En Renata la religión es folklore», le oyó decir con indulgencia a su padre, lo que nos hace suponer que al menos lo era para el marido. Una foto incluida en el libro lo muestra junto a sus dos hijos el día en que éstos tomaron la primera comunión. Podemos imaginar en ese profesor de literatura, versado en lengua latina y partidario de

la escuela laica, a un padre agnóstico o deísta que, según era frecuente, dejaba la orientación de los niños en manos de la esposa, cuya prudencia juzgaba más importante que su religiosidad.

Un relato genealógico de las ramas paterna y materna precede al de las peripecias de la infancia. Es la historia que le contaron, dice el autor, y de ella emerge el cuadro de la familia extensa, abuelas y abuelos, tías y tíos que formaban la red de parientes con que se halló al venir al mundo. Parte de esa historia familiar recibida es la educación de quienes serían sus progenitores, de la escuela primaria a la universidad. Debido a la estrechez económica familiar, Gregorio Halperin tuvo que ganarse la vida mientras llevaba adelante sus estudios de literatura, en la Facultad de Filosofía y Letras, y los de abogacía, que finalmente abandona, en la Facultad de Derecho. Más holgada era la situación familiar de Renata, que pocos años más tarde se inscribirá también como estudiante de Letras. Pese a que los méritos que su padre había reunido como latinista lo habrían hecho acreedor a un lugar en las filas de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, el juego político dentro de la institución y su orgullo le cerraron ese camino. Al evocar las circunstancias que malograron la carrera de su progenitor como profesor universitario, Tulio Halperin Donghi ofrece de él una imagen breve, pero llena de veneración: la del maestro de espíritu firme y un poco altivo, consagrado a su vocación, la de enseñar. El padre se dedicará a la docencia en establecimientos de enseñanza secundaria e igual camino tomará Renata Donghi de Halperin, quien va a alternar su labor como profesora con el desarrollo de otra vocación, la de escritora.

En su *Historia de las universidades argentinas*, Pablo Buchbinder señala que como consecuencia de la Reforma Universitaria se produjo un proceso de renovación y ampliación del elenco de profesores en todas las casas de estudios superiores del país. La gran mayoría de los nuevos ya no provenía de las familias de la clase dirigente tradicional. En el caso de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, consigna Buchbinder, «se trataba de personas que habían hecho de la docencia en los niveles secundario y universitario su única ocupación»<sup>3</sup>. Las memorias de Halperin Donghi nos dejan atisbar ese mundo de los profesores con sus amistades, rencillas y habladurías, mundo al que pertenecían sus progenitores por múltiples lazos, aunque no fueran docentes de la Facultad. También se per-

<sup>3</sup> Pablo Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 16.

cibe a través de estos recuerdos que la admiración por el conocimiento erudito y sus representantes era parte de la atmósfera doméstica. En la lista de nombres de quienes a los ojos de sus padres encarnaron la figura del saber, ocupa un lugar destacado el helenista italiano Francesco Capello, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras (Renata escribiría un breve volumen sobre él). El autor menciona asimismo las relaciones que Gregorio y Renata mantenían con un centro de investigación dependiente de Filosofía y Letras, el Instituto de Filología, dirigido por dos prestigiosos filólogos españoles: Américo Castro, primero, que sería un amigo de la familia, Amado Alonso, después.

*Son memorias* también nos deja entrever la orientación ideológica predominante, entre liberal y socialista, de ese cuerpo de profesores, identificados en su mayoría con la Reforma Universitaria. De este medio social y cultural provendrán los adherentes y animadores del Colegio Libre de Estudios Superiores, entre quienes se contará Gregorio Halperin, como lo recuerda su hijo. Creado en 1930 con el objeto de instituir un espacio de actividad y enseñanza eruditas menos sometido que la universidad a las presiones profesionalistas, el Colegio Libre, con sus cursos y conferencias, será menos y más que eso. Antes que como centro de una investigación desinteresada, funcionará como un bastión de la *intelligentsia* progresista, muy activo en la oposición intelectual al régimen militar nacionalista implantado en 1943, primero, y a Perón, después<sup>4</sup>. Luis Reissig, quien se desempeñará como secretario vitalicio del Colegio Libre, figura con su esposa en varios pasajes de *Son memorias*, mencionados entre los amigos a quienes la familia Halperin Donghi frecuentaba.

El grupo familiar se halla en el centro de estas memorias, y hasta el ingreso de su autor en la universidad ningún ambiente exterior a ese círculo parece competir con él como espacio de socialización. No sólo, como es esperable, en los años de la infancia, sino aun después, en la etapa adolescente. Como puede observarse en el capítulo que consagra a su experiencia en el Colegio Nacional Buenos Aires («Los años del Colegio: ingreso en el mundo»), en cuyas aulas pasa de 1939 a 1944. Aunque Halperin Donghi declara que el Nacional Buenos Aires llegó a ser para él un «entorno casi total» (p. 136), esos seis años de camaradería estudiantil parecen haber dejado en el memorialista escasos nombres y pocas anécdotas. El

<sup>4</sup> El mejor trabajo sobre el Colegio Libre de Estudios Superiores es el de Federico Neiburg, «Elites sociales y élites intelectuales: el Colegio Libre de Estudios Superiores (1930-1961)», en: *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1998.

recuerdo que domina las páginas dedicadas al afamado liceo narra un episodio que ilustraba en escala micrológica el clima político e ideológico que vivía el país desde comienzos de la Segunda Guerra y, sobre todo, tras el golpe militar de 1943. Se trata de la reacción que provocó la designación del presbítero nacionalista Juan Sepich como rector del Colegio, cuya prédica movilizará en su contra a los alumnos y al cuerpo docente hasta provocar el alejamiento del sacerdote. Muy poco, en suma, si se compara con lo que Halperin Donghi registra en ese mismo capítulo de los incidentes de la vida familiar y de los acontecimientos del mundo, en general intermediados por ese marco familiar.

El círculo que formaban sus padres y su hermana se ampliaba en la familia extensa, como la llama el autor, una constelación que incluía a los abuelos de las dos ramas y a los correspondientes tíos. Las peripecias de este universo ocupan muchas páginas de los recuerdos del historiador, desde los progresos escolares a las vacaciones del verano, los cambios de barrio y de vivienda, las desavenencias que surgen en la rama materna de la familia y las temporadas de convivencia con los abuelos. El cambio de la casa de la calle Yatay al departamento de la calle Santa Fe deja ver la curva de ascenso que conocerá por unos años la familia Halperin Donghi. El traslado significará igualmente para el futuro historiador la ampliación del horizonte, al igual que su paso por la Escuela Modelo, un colegio para la formación de élites laicas ubicado en la calle Riobamba entre Santa Fe y Marcelo T. de Alvear<sup>5</sup>. Tenía por entonces 9 años y poco a poco, según recuerda, comenzarían a decirle algo nombres que aparecían en las conversaciones que, durante la cena, mantenían sus padres y que referían a esa élite intelectual con quienes ellos alternaban en la sala de profesores del Instituto del Profesorado: Pedro Henríquez Ureña, Raimundo y María Rosa Lida, Roberto Giusti, Francisco Romero, entre otros. Era todavía un niño, pues, cuando empezó a prestar oído a los asuntos de esas conversaciones. Hacia el final de la infancia, las pláticas con el padre, a quien acompañaba en sus caminatas, lo irán haciendo avanzar en esa iniciación en el mundo que con el tiempo habrá de ser el suyo: «hablábamos de toda clase de temas, algunos del momento y otros surgidos de las muchas curiosidades que me inspiraba el descubrimiento de que el mundo es bastante más complicado y sujeto a variaciones de lo que había imaginado hasta entonces» (p. 83).

<sup>5</sup> Torcuato y Guido Di Tella, al igual que Ezequiel Gallo, pasaron por sus aulas. Agradezco este dato a Fernando Devoto, quien me llamó la atención sobre la Escuela Modelo.

La preocupación de los adultos entre cuyos cuidados se crió estaba dirigida a hacer de la suya una infancia feliz, comenta Halperin Donghi al reflexionar sobre su niñez. En realidad, hasta la muerte del padre ninguna desdicha, ninguna crisis íntima, ensombrecen el relato de su vida. El autor no nos habla de su fe religiosa —sólo nos entera de que acompaña a su madre a misa—, pero la menciona cuando cuenta que la fe en Dios lo abandonó un día, y el hecho no merece más que las pocas líneas que le lleva mencionarlo.

En un solo pasaje se nota el embarazo de quien trata una cuestión delicada: cuando se esfuerza por tratar de hacer inteligible el modo en que los miembros de la rama paterna trataron su ascendencia judía. Ese origen de su padre, observa primero, no fue un obstáculo para la unión de sus progenitores: la familia paterna consideraba con distancia sus raíces y no opuso reparos al enlace de Gregorio con una mujer no judía, y que otro tanto ocurrió con la familia materna, que no era particularmente devota. Retoma el tema tras recordar a los parientes de procedencia israelita y lo plantea en términos más problemáticos. Entre los suyos, observará Halperin Donghi, prevaleció un «consenso (supongo que tácito, porque en este asunto todo lo demás lo era) a favor de ignorarla por entero, y al llegar aquí descubro que me es imposible explicar en pocas palabras cómo pudo adoptarse unánimemente una solución que hoy parece inverosímil de puro insensata» (p. 47). La Argentina no había quedado al margen del antisemitismo moderno y a partir de los años treinta las exteriorizaciones de antisemitismo ideológico se multiplicarán, tanto en el discurso de católicos y nacionalistas de derecha, como en actos de discriminación en perjuicio de los judíos en el ámbito de la educación y la administración pública. Pero los suyos, recuerda el autor, practicaron mientras pudieron una suerte de distracción respecto de ese amenazador contexto. Al volver la mirada sobre una actitud que a la luz del presente halla difícil de explicar, advierte que también a él la conciencia de esa condición le llegaría gradualmente, que le llevaría tiempo «incorporar explícitamente esa dimensión problemática a la imagen que me hacía de mi lugar en el mundo» (p. 51). El que hubiera sido mantenido durante demasiado tiempo en la ignorancia de este dato es el único reproche abierto que hará a sus padres.

## LA VOCACIÓN DE UN HEREDERO

«¿Por qué historia?», es el título que Halperin Donghi da al capítulo en que hace el relato del descubrimiento de su vocación mientras cursaba la carrera de Química en la universidad. Es decir, el descubrimiento de que el gusto por los libros de historia, que lo atraían junto con las novelas realistas del siglo XIX, se había transmutado en interés por escribirlos. Tenía 21 años y en la Argentina justicialista el aparato educativo estaba vedado para los antiperonistas. No obstante, el florecimiento de la industria editorial le ofrecía una opción de vida a la *intelligentsia* excluida. Y Halperin Donghi encontró, según nos cuenta, en el ejemplo cercano que le ofrecía José Luis Romero un modelo digno de imitar para el cultivo honrado y culturalmente rico de la disciplina. Los padres reaccionaron como si no esperaran otra elección del hijo, cuando éste les comunicó el deseo de abandonar sus estudios de química para dedicarse a la historia. ¿Al escoger el camino de las humanidades, no reemplazaba ese hijo de inteligencia despierta el empeño del padre, empeño que éste no había podido cumplir por circunstancias del juego político universitario y una postura orgullosa que la madre juzgaba algo excesiva y que el heredero, en cambio, admiraba? Sin embargo, ¿se podía vivir de las humanidades en la Argentina? El joven atendió la recomendación de sus progenitores: que estudiara historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y paralelamente cursara la carrera de abogacía en la Facultad de Derecho, para contar con la profesión que le permitiera sustentar la elección vocacional.

Los padres no eran pudientes, pero estaban en posesión de otra especie de capital: el que provenía de la frecuentación y el reconocimiento en los ámbitos de sociabilidad de esa república de las letras que era parte eminente de la Argentina no peronista. Apenas comunicó a sus mayores su deseo de hacerse historiador, el padre tomó el teléfono para «pedirle a José Luis Romero que comenzara a orientarme en el territorio en el que había decidido internarme» (p. 175). Muy tempranamente escribe en la revista *Realidad*, que dirigían Francisco Romero y Francisco Ayala, y cuando compone uno de los artículos que integrarán su primer libro, *El pensamiento de Echeverría*, el secretario de redacción del diario *La Nación*, que era amigo del padre, pone al joven en comunicación con el reputado escritor Eduardo Mallea, director del suplemento literario del diario, donde se publicará el artículo. Otro trabajo que confluirá también en el libro sobre Echeverría aparece en *Cuadernos Americanos*, en este caso por mediación de otro amigo de la familia, Raimundo Lida, radicado en México. En fin, será Roberto Giusti quien ofrezca a la editorial

Sudamericana la publicación del libro todavía en camino y quien escriba el prólogo en que apadrina al «joven publicista», que tenía entonces 24 años<sup>6</sup>.

Al traer a la memoria aquella red de relaciones que facilitó sus comienzos, Halperin Donghi reflexiona sobre las posibilidades que ese capital familiar había puesto a su alcance. Y acota que la Argentina surgida de la modernización era una sociedad abierta al ascenso, un país en que el ingreso en la carrera intelectual no requería de un linaje ilustrado que se remontara muy lejos, como lo mostraban su caso y muchos otros. Por otra parte, aunque era, para emplear sus propias palabras, «un hijo de papá (y eso sin olvidar a mamá)», estaba dispuesto a ser, antes que nada, hijo de su propia obra. Más importante todavía: su primer libro, publicado en 1951, el año del centenario de la muerte de Echeverría, cuando se multiplicaron los trabajos consagrados al encomio del poeta y pensador, probó que Tulio Halperin Donghi no creía haber llegado al mundo de la historia para sumarse a la celebración de un legado intelectual que tenía en el autor del *Dogma Socialista* uno de sus nombres eminentes. Era la tradición con la que se identificaba el mundo de sus mayores, pero ya en *El pensamiento de Echeverría* el heredero mostrará que no tenía afinidad con el género hagiográfico ni con el discurso edificante que dominaba el culto de esa visión del pasado nacional.

En el aprendizaje del oficio de historiador, Halperin Donghi no halla casi nada para registrar de su pasaje por la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras en los años peronistas. Apenas dos o tres cursos y, sobre todo, los que dictaba el historiador español Claudio Sánchez-Albornoz, que será su padrino de tesis. En cambio, dos estadías en la Europa de la segunda postguerra aparecen en *Son memorias* como decisivas en su formación. El país de su primera permanencia fue Italia, adonde se dirigió en 1950 para hacer estudios por consejo de sus padres, quienes invirtieron en ese viaje recursos que tenían originalmente otro destino. Allí vivió durante un año y medio, asistió a cursos, hizo sus primeros trabajos de archivo y descubrió de manera casual los escritos de Antonio Gramsci editados por Einaudi.

Halperin Donghi nos cuenta que la lectura de los *Quaderni* no sólo le resultó intelectualmente estimulante, sino que halló en las reflexiones relativas al *Risorgimento* y la unificación italiana una recomendación de la que sacaría provecho: había que examinar, indicaba Gramsci, porque la unidad nacional y la formación del Estado moderno se habían alcanzado en Italia bajo la hegemonía de los «mo-

<sup>6</sup> Roberto Giusti, Prólogo a *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, p. 10.

derados», examen que debía llevarse a cabo sin el propósito de enaltecer un curso histórico que había encerrado graves limitaciones, pero sin contraponerle tampoco alternativas puramente imaginarias. Cuando explore en la historia argentina «la etapa de organización nacional que siguió al desenlace de Caseros», el autor de *Son memorias* hará empleo de ese realismo histórico que, nos dice, extrajo de la cantera gramsciana (p. 208). Es verdad: al historiar esa etapa –particularmente, en *Proyecto y construcción de una nación* (1980)– Halperin Donghi no hará un relato laudatorio de la élite modernizante que trazó las líneas para el progreso argentino. Pero no es menos cierto que en el seno de ese grupo se hallan las figuras que le parecen dignas de admiración.

Una larga reseña, «Historia y geografía en un libro sobre el Mediterráneo», que publicó en *La Nación* y estaba consagrada a *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philipp II*, de Fernand Braudel, estuvo en el origen de su segunda estancia europea. La calurosa recepción que Braudel dio al artículo de ese lejano admirador rioplatense animó a su autor: se trasladaría a París, a formarse con el gran historiador francés, cuya fama apenas había empezado por entonces. Esta vez el viaje no se «decidió en casa», como el anterior, aunque nuevamente serán los limitados recursos familiares –el padre ya no vivía– los que le permitan cumplir con lo que él había decidido.

El retrato de Braudel es el más largo de los que Halperin Donghi compone en sus memorias y, junto con el que traza de su padre, el que transmite mayor admiración. Rememora lo que aprendió al lado del gran historiador de los *Annales*, las dificultades del comienzo y los esfuerzos que hará para obtener la aprobación del maestro. Será Braudel quien, a solicitud suya, le sugiera el tema que será finalmente el de su tesis y quien lo ayude a conseguir los subsidios necesarios para llevar a cabo la investigación en archivos españoles. «Comenzó así una etapa durante la cual, primero en un París en que estallaba la primavera y luego en España, trabajé con una intensidad de la que antes no me había creído capaz y que nunca logré recuperar», escribe, recordando una especie de dicha en aquel capítulo de su aprendizaje como historiador (p. 253). Regresó a la Argentina en 1954, cuando nada hacía prever que se estaba en las postrimerías del régimen peronista. El derrocamiento de Perón, que se producirá el año siguiente, reabrirá las puertas de la universidad a la *intelligentsia* antiperonista, marginada durante diez años de ella. Halperin Donghi, que había concluido lo que llama su «largo noviciado», se encontró entonces frente a una inesperada aunque deseada oportunidad en

esa universidad que será, como nunca antes, la del reformismo universitario. Ya sabemos que *Son memorias* se detiene en 1955, cuando su autor tiene 29 años e ingresa en un nuevo ciclo de su vida.

## NUESTRO MUNDO

Era todavía un niño cuando oyó hablar de la política nacional. El tema lo introducía su abuelo materno en una mesa familiar generalmente poco atraída por las pugnas locales de poder, vistas como avatares de la confusa política criolla y sus partidos. El ambiente de profesores progresistas que integraba Gregorio Halperin no simpatizaba con el radicalismo y, menos aún, con el radicalismo «personalista». Como puede inferirse de un comentario del memorialista, sus padres habían de sentirse más cómodos en la crítica y la oposición al gobierno conservador del general Justo de lo que estuvieron bajo la democracia populista de Yrigoyen. El régimen presidido por Justo, escribe, «supo sacar fuerzas de su flaqueza, entre otras cosas reservando a las oposiciones que se avinieran a pasar por alto su muy dudosa legitimidad de origen un espacio hartamente más amplio que el que en el pasado les habían concedido gobiernos ellos sí auténticamente ungidos por el veredicto del sufragio universal»<sup>7</sup>. ¿De qué oposiciones habla? De la que representaron el Partido Socialista (con el que simpatizaba su padre) y el Partido Demócrata Progresista durante la primera mitad de los años treinta, es decir, hasta que a ellos se sumó, tras abandonar la táctica de la abstención electoral, la Unión Cívica Radical. En cuanto a los gobiernos «ungidos por el veredicto del sufragio universal», resulta evidente la alusión a los de Yrigoyen. En varios pasajes, el autor da entender que su familia se hallaba entre las que asistieron con aprobación al derrocamiento del caudillo radical en 1930.

Esa actitud distante respecto de los sucesos de la política local cambió a partir de 1936, cuando el estallido de la Guerra Civil española produjo en la escena pública nacional tomas de posición y alineamientos opuestos e intransigentes, pero discernibles en términos ideológicos: la defensa de la República, por un lado, la «Guerra Santa» de Franco, por otro. El proceso que «internacionalizó» el debate argentino, haciendo del país uno de los campos de batalla de un conflicto más amplio, de alcance mundial, no se detendrá con el fin de la guerra civil de España, sino que tendrá un cauce todavía más amplio con la Segunda Guerra. Afiliados al ala progresista del

<sup>7</sup> *Son memorias*, op. cit., p. 59.

medio intelectual argentino, los Halperin Donghi se alinearán con la España republicana, primero, y con las naciones del bloque antifascista en la contienda mundial. La franja de escritores y profesores activada por el conflicto tendrá en Colegio Libre de Estudios Superiores uno de sus focos de actuación y proselitismo.

¿Cómo se representa a sí mismo el memorialista en el relato de las preocupaciones y actitudes políticas de los adultos? En el papel del espectador curioso, del fisgón. Por cierto, en la evocación de la década de 1930 difícilmente hubiera podido ser otro el papel del narrador, que al estallar la Segunda Guerra (1939) apenas tenía 13 años. La perspectiva no cambia, sin embargo, cuando el relato avanza y deja atrás la etapa de la niñez y de la primera adolescencia de quien cuenta: el punto de vista sigue siendo el de una conciencia-testigo. Incluso cuando se halla implicada en los sucesos narrados, la primera persona es casi la de un espectador que se ve a sí mismo junto a otros, integrado en un séquito. Por ejemplo, en el largo relato que hace de los acontecimientos del año 1945, cuando la participación en la ocupación de la universidad que se hallaba movilizaba contra el régimen militar nacionalista le costará al autor varios días de cárcel. El ángulo desde el que se hace la relación de los hechos, tanto como de las expectativas, ilusiones y cegueras de quienes participan del combate contra lo que se conocerá, sobre todo después del 17 de octubre de aquel año, como el peronismo, es el de quien vive el proceso «desde una posición totalmente subalterna y marginal» (p. 155). Lo que lo atrae de la vida pública, como confesará él mismo, es la política como espectáculo (p. 209).

Como hecho político el peronismo domina la segunda mitad de estas memorias. El autor formaba parte de la Argentina derrotada en las elecciones de febrero de 1946, de las que surgió el régimen al que juzga, desde el comienzo, animado por el proyecto de avanzar sobre todos los campos de la vida social. Halperin Donghi no oculta la antipatía que le inspiraba el orden que encabezaba el general Perón. Tampoco deja de señalar, en algún pasaje, lo que la ofuscación antiperonista le impidió percibir en esos diez años y que en el presente se halla dispuesto a considerar como méritos del gobierno. Emplea incluso, en varias ocasiones, la expresión «revolución peronista», aunque de ésta resalta sobre todo «la decisión de rehacer desde la cumbre del poder a la entera sociedad argentina sobre las pautas de lo que iba a llamarse comunidad organizada» (p. 172). El peronismo cobra así el carácter de un hecho omnipresente, cotidiano, un asunto de la vida pública, tanto como de la vida doméstica. Se lo menciona o se lo alude al hablar de quienes se hallan marginados del sistema educativo y deben buscar alternativas para obtener sus medios de vida;

es el fondo y la causa de la escasa vida intelectual esas facultades, las de Derecho y la de Filosofía y Letras, por donde pasa el autor desdeñosamente, casi sin registrar algo de provecho. No falta el humor ni la ironía en la rememoración de los años peronistas. Por ejemplo, cuando recuerda las conversaciones en que su madre le informa de cómo se juzga, en la Argentina que resistía, la conducta de quienes han transigido con el régimen, de los grados en que la capitulación podía ser tolerable y de las cavilaciones acerca de si saludar o no a alguien que había caído en falta.

En los pasajes de evocación de la Argentina justicialista, la primera persona singular del relato deja paso a veces a una forma plural: «nuestra marginalidad»; «el régimen que nos negaba un lugar en el país que gobernaba»; «Descubrimos entonces...». ¿A qué remiten esas formas plurales? En términos genéricos, a ese «irreductible tercio opositor» (p. 234) al régimen justicialista; ya más específicamente, a lo que el autor llama «nuestro mundo», que no es otro que el de los espacios intelectuales de la Argentina antiperonista. Un mundo arrinconado al que el avance arrollador de la «comunidad organizada» (la constancia de este avance es un *leit motiv* del relato) vuelve cada vez más reducido.

No conozco mejor descripción que la que *Son memorias* ofrece en pocas páginas de los modos en que sus integrantes buscarán mantener en pie las redes de sociabilidad intelectual, a veces en compañías e instituciones impensables poco antes para quienes militaban en las filas del progresismo liberal. En *Ayer, hoy, mañana*, el político y escritor nacionalista Mario Amadeo había anotado que bajo el gobierno de Perón la izquierda liberal tuvo su baluarte en las «sociedades de pensamiento»<sup>8</sup>. El testimonio del joven inquieto y merodeador que era Halperin Donghi nos permite vislumbrar, en el Buenos Aires de las postrimerías del peronismo, la vida de algunas de esas microsociedades intelectuales –desde la que continuaba, aunque sin el brío del pasado, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, a la que animaba la redacción de *Imago Mundi*, la revista de cultura dirigida por José Luis Romero, pasando por el centro de cursos y conferencias organizado por el sacerdote nacionalista Julio Meinvielle, a quien el «obrerismo» de Perón había impulsado a buscar puentes con sus viejos enemigos, los liberales progresistas–. En *Son memorias* podemos entrever también el circuito informal que conectaba estos *cercles de pensée* con los centros de estudiantes y las tertulias cultivadas en casas de familia.

<sup>8</sup> Mario Amadeo, *Ayer, hoy, mañana*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1956, p. 119.

## EL FRACASO DEL PROYECTO PROGRESISTA

En la progresión narrativa de *Son memorias*, el peronismo aparece como el desenlace final de los conflictos y dilemas de la vida pública nacional desde mediados de los años treinta. Hasta que la edad le permitió hacerse un juicio propio sobre el proceso en curso, el eco de los acontecimientos de aquel agitado período le llegaba por boca de sus mayores. En *La República imposible (1930-1945)*, que Halperin Donghi había publicado cuatro años antes de sus memorias, el desenlace es igualmente el ascenso y el triunfo de Perón, pero el encadenamiento de causas y contingencias es más minucioso y complejo, entrelaza más líneas y planos de la vida nacional. La diferencia se comprende, se trata de un estudio histórico, no de un ensayo autobiográfico.

Sin embargo, hay una colaboración entre los dos libros y no quisiera concluir sin detenerme brevemente en esa complicidad. El mismo autor asevera que ambos se complementan. En el epílogo de *Son memorias* confiesa que la investigación del proceso político e ideológico nacional correspondiente a los años de su infancia y su adolescencia estuvo entretrejida, desde el comienzo, con lo que recordaba de ese tiempo. Al comprobar que en la reconstrucción histórica del pasado no podría suspender lo que recordaba de él, nos dice, resolvió que «tomar en cuenta ese testimonio manteniendo frente a él la misma distancia que me costaba menos esfuerzo establecer frente a otros que no me tocaban tan de cerca sería más productivo que tratar en vano de ignorar su aporte» (p. 305). Aunque enunciada de otro modo, la complicidad de los dos libros aparece también en la entrevista que le hiciera el periodista Carlos Pagni: «cuando yo escribí sobre la república imposible ya tenía en mí todas las cosas que están desplegadas en las memorias»<sup>9</sup>. Tal vez este entretrejido de (auto)biografía e historia explique las palabras con que dedica a su hermana Leticia *La República imposible*: «Para Leta, estos recuerdos de infancia». Pues resulta curioso llamar de ese modo a una obra que, a los ojos de cualquier lector, es resultado de una investigación histórica en regla (un estudio preliminar largo y erudito, lleno de meandros y sutilezas, acompañado de una sección de testimonios y documentos), no un fruto de la rememoración.

Hay otros índices de esta reciprocidad. Por ejemplo: en *La República imposible*, Halperin Donghi se plantea cómo podría reconstruirse el modo en que vivieron

<sup>9</sup> Entrevista de Tulio Halperin Donghi por Carlos Pagni, en: *ADN Cultura*, suplemento de *La Nación*, 13/09/2008.

no los jefes del radicalismo, sino «las muchedumbres radicales» el tiempo de iniquidad y escarnio que significaron para esa mitad de la Argentina los años del fraude electoral. Y para asomarse a ese «capítulo central de la República imposible», como llama a dicha experiencia, se apoya en las memorias escritas por dos mujeres de familia radical, las escritoras Marta Mercader y Gladys Onega<sup>10</sup>. En el epílogo del libro vuelve sobre la cuestión, valiéndose de otra fuente: el largo poema *Adolecer*, de Francisco Urondo, el poeta que moriría como miembro de la guerrilla peronista en 1976 y había sido hijo de un dirigente radical. Por lo general nada inclinado al discurso patético, éstos son de los pocos pasajes en que el autor bordea ese tono.

La referencia al sufrimiento de una colectividad política en que no sólo los conservadores veían (y temían) a la mayoría electoral aparece igualmente en los recuerdos de *Son memorias*. Allí, ya en las páginas finales, al hacer una última reflexión sobre la república conservadora que presidió el general Justo, se lee: «Lo que hacía y sigue haciendo problemática mi relación con esa etapa en la que creo escondida la clave del enigma argentino no podría ser un retrospectivo sentimiento de culpa, cuando mi papel en ella había sido la de un espectador infantil que encontraba difícil entender lo que veía, y sí en cambio mi perplejidad ante la total ausencia de ese sentimiento entre quienes aprendí entonces a querer y admirar y participaron no siempre ni del todo pasivamente en ese ejercicio de marginación y humillación infligido a la mitad de sus compatriotas» (p. 306). No aparece ningún nombre ni antes ni después de este circunloquio y del reproche, apenas velado por las contorsiones de la frase, que contiene. Al lector sólo le queda hacer conjeturas sobre esa discreción.

Ahora bien, ¿qué es el «enigma argentino»? La frase hace pensar en una traducción del libro de Félix Weil, *Argentine Riddle*, no citado en *Son memorias*, pero sí en *La República imposible*. En cuanto al problema, al enigma mismo, no parece ser otro que el del fracaso del designio progresista, la empresa sobre cuyos primeros capítulos Halperin Donghi había escrito con sutileza en *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. El fracaso, digamos parafraseando un poco a Borges, del país nacido de la voluntad de ser otro, rápidamente<sup>11</sup>. Hasta el primer

<sup>10</sup> Véase Tulio Halperin Donghi, *La República imposible (1930-1945)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino V, Buenos Aires, Ariel, 2004, pp. 204-208.

<sup>11</sup> Véase Jorge Luis Borges, «1810-1960», en: *Sur*, N° 267, noviembre-diciembre de 1960, p. 1.

tercio del siglo xx, ese experimento sociológico improvisado en pocas décadas y orientado a implantar en el sur de América el «núcleo de una nación moderna a partir de recursos materiales y humanos importados por igual de ultramar» (p. 301), parecía seguir camino hacia su realización. La creencia de que se viajaba en esa dirección formaba parte del sentido común de los argentinos. Era el país de la infancia y la primera adolescencia del autor, quien nos cuenta que al escribir sus memorias fue a la busca de las raíces de ese sentido común en que también él había sido formado. La historia era un proceso con sentido y el progreso le era inherente a su marcha: la experiencia argentina se inscribía dentro de esa tendencia general.

Al volver sobre aquella etapa del país una mirada en que la perspectiva del historiador y la del memorialista se cruzan repetidas veces, Halperin Donghi cree encontrar en ese tiempo las claves del desvío de la marcha que le había parecido segura. El «progreso argentino» no constituía, al fin de cuentas, la manifestación de un curso necesario: era sólo «un fruto efímero del entrelazamiento de acciones y reacciones que lo estaban arrebatando al de lo contingente» (p. 304). A los ojos de quien reflexiona ahora sobre su pasado, la razón última del extravío era de orden político-institucional, y en *La República imposible* trata de hacer inteligible el entrelazamiento igualmente contingente de acciones y reacciones que apartó a la historia nacional posterior a 1940 del designio progresista. En las páginas finales de *Son memorias* aceptará con espíritu resignado que tal vez ese cauce perdido nunca se recupere. Desde este punto de vista, por el tono desencantado con que ambos concluyen, los dos libros se aproximan a los que se han escrito sobre la Argentina como promesa incumplida, como proyecto frustrado.

Me temo que el autor ha acomodado un poco las cosas en lo relativo al tiempo en que empezó a recelar de la suerte del país ¿En el ejercicio de recordar, inevitablemente ligado al humor del presente, no le ha dado un acento demasiado contemporáneo a un malestar que venía de más lejos? Después de todo, *Argentina en el callejón*, publicado en 1964, ya era desde su título un ensayo que no alimentaba ilusiones respecto de un país al que Halperin Donghi veía encerrado en dilemas que no alcanzaba a resolver entre pasado y presente. Creo que ese descontento, cuyos signos son tempranos, es indisociable de la ironía que sobrevuela siempre su visión del pasado nacional, liberándola de la complacencia y del mensaje edificante. No sabemos cuál es la fuente de ese descontento. *Son memorias* nos hace pensar que acaso lo que su autor echa de menos no sea sólo aquella Argentina del optimismo progresista; que tal vez no se ha curado de la herida del paraíso

perdido de la infancia dichosa, esa plenitud de la familia entera, los juegos y el mundo protector y afectuoso de los mayores. El fin de esa «arcaica ingenuidad», como la llama Sartre, es una pérdida que trae la edad y que difícilmente podrá compensar nada de lo que sobrevenga después.

**Registro bibliográfico**

ALTAMIRANO, CARLOS

«La novela de formación de un historiador», en:  
ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral,  
año XXII, N° 42, Santa Fe, Argentina, Universi-  
dad Nacional del Litoral, primer semestre, 2012,  
pp. 9-29.

**Descriptorios · Describers**

autobiografía / historia / intelectuales / política /  
Argentina  
autobiography / history / intellectuals / politic /  
Argentina